

JUAN JOSÉ MOROSOLI, UN NARRADOR

por
ARTURO SERGIO VISCA

I

CON dos libros de poemas, "Baluceos" (1925) y "Los juegos" (1928), inició Juan José Morosoli su obra literaria. En ellos ofrecía ya, con segura y nítida expresión, una personal manera de sentir la vida y de rendirla poéticamente transustanciada. La atmósfera dulce y clara, quieta y transparente, de nuestros pueblos del interior, el amor perdurable por una naturaleza vivida y transitada con una constancia sin apuros, una real y soñada rememoración del mundo de la infancia, vibran en esos versos iniciales. Pero no es en la poesía —en la poesía en versos— donde Morosoli hallaría más tarde su madurez definitiva. Ella encontrará su feliz plenitud en otro género literario: el narrativo. Desde que en 1932 publica su primer libro de cuentos, "Hombres", que reúne diez y ocho cuentos que el autor mismo denomina "regionales", y en los cuales muestra ya el pulso de un narrador firme en la posesión de un arte del todo suyo, personal y fuerte, hasta 1953, en que publica su hasta hoy último libro, "Vivientes", integrado por otros diez y ocho cuentos, ubicados en idéntica línea creadora, el escritor ha ido acercando a sus lectores, a través de una pausada sucesión de libros, a un mundo narrativo trasunto de una realidad nuestra y auténtica y maduro en su plenitud de significación. Son esos libros "Los albañiles de Los Tapes" (1936), que congrega, junto con el largo relato que da título al libro, diez cuentos más; "Hombres y mujeres" (1944), nuevo conjunto de catorce cuentos, y una novela, "Muchachos" (1950). Libros a los cuales se suma "Perico", publicado en 1947, y que, sin romper la unidad de inspiración del escritor, tiene sin embargo un carácter especial: es una colección de estampas para niños.

Dos libros de poemas, una novela, cuatro tomos de cuentos (que totalizan sesenta y una narraciones) y una colección de "estampas para niños" constituyen, pues, la obra recogida en libro de este escritor. Agreguemos a estos libros algunos cuentos más, todavía no coleccionados en volumen, y todo ello dará testimonio del ejercicio de una vocación sostenida con una constancia no frecuente en nuestro país. Actualmente, en su plena madurez, sigue el escritor minuano produciendo y ampliando, paulatina y pacientemente, su mundo narrativo. Nuevos días traen nuevos trabajos, y a la obra realizada se suman nuevas obras. Pero la hecha hasta ahora, por la seguridad de su trazo, por la nitidez de sus perfiles, por la sólida unidad de espíritu que la rige, nos enfrenta ya con un escritor que se ubica, sin lugar a dudas, y junto con otros pocos, en lugar señero dentro de la narrativa de nuestro país.

La zona de realidad que Morosoli ha recortado del mundo, en esa previa selección que cada escritor verifica para elaborar, con lo seleccionado, su "mundo imaginario", tiene perfiles bien acusados. No necesita para su creación ni del patetismo de las situaciones intensamente dramáticas, ni del prestigio de las extensas descripciones de la naturaleza, ni de las grandes aventuras del hombre o de la imaginación. Los instantes de dramatismo se esquematizan en sus cuentos en una sobria expresión despojada de énfasis;

la naturaleza —montes, arroyos, campos, cuchillas— aparece en sus libros como la atmósfera que naturalmente explica a sus personajes, y es transmitida en su elemental encanto, mostrando esa mansa quietud de nuestro paisaje, que a las veces se hace mortalmente agobiador por su monotonía, como esos campos, pura planicie de pastos apenas ondulada, "que no tienen ni un árbol para los ojos cansados de planos muertos"; los seres que viven en sus páginas llevan una existencia en que sólo se da la aventura —la más verdadera y honda— del diario vivir, en el cual los afanes y quehaceres repetidos como una costumbre, no excluyen, a pesar de su monotonía, ciertas formas profundas de la heroicidad y del peligro, ni impiden el deslumbramiento ante un momento de dicha inesperada. Y es que, relacionando los títulos de dos de sus libros, se podría afirmar que la atención del escritor minuano se centra sobre el "hombre" que se siente "viviente", es decir, del hombre que, más o menos conscientemente, mide la profundidad de la vida no por la importancia del acontecer exterior— máximo o mínimo, insignificante o magnífico— sino por la calidad con que se aprehende el ocurrir y transcurrir que en lo interior del alma esos hechos determinan. Por eso se puede ser un "viviente" aunque se sea un nadie: "...soy un nadie y no me tengo por más... Sé que soy un viviente y nada más..." (Juan Pablo Acosta a Nereo Acosta), se afirma en uno de los cuatro epígrafes que encabezan el último libro de Morosoli. Es de estos "vivientes" que son vivientes y nada más —y yo agregaría y nada menos— que se nutre el mundo narrativo del escritor minuano. En ellos ha hundido Morosoli su mirada para traerla cargada de sus vidas, hechas de desganos y de anhelos apenas formulados, de dolores y pequeñas felicidades, de sentimientos elementales y verídicos y totalmente despojadas de convencionalismos.

Pero lo que define a un escritor es no sólo la realidad que trata sino la calidad de su trato con esa realidad. Lo que define a un escritor es la visión del mundo que incorpora a su obra y la originalidad expresiva con que la verifica. En los libros de Morosoli se da una visión —muy suya— del mundo y de los hombres. Y se expresa mediante una concepción originalísima del arte de narrar. Interesa atender a una y a otra.

II

Una primera vista sobre la obra de Morosoli nos muestra un mundo de seres que parecen vivir, casi todo ellos, una vida en desamparo. Un existir en que la vida, de tan mínima parece sostenerse misteriosa y maravillosamente sobre un casi desvanecido entramado. Parecen seres en los cuales las fuerzas del vivir, tenuísimas, pudieran desvanecerse al menor golpe del dolor e, incluso, de la dicha. Ellos transcurren en el mundo casi sin pesar sobre la tierra. Son vidas, en fin, que, en su inocencia, se aproximan al mundo elemental de la naturaleza del cual proceden. Para definir a estos personajes, ha escrito Domingo Luis Bordoli, en su artículo "Un mundo novelesco", aparecido en "Asir", N° 29, "sería más apropiado pensar un árbol, la tierra del camino, las piedras, la laguna, que recurrir a una imagen humana".

Así es aquel alma de Dios, Cirilo, a quien los otros, hombres y mujeres, "tres veces le habían cambiado el destino" y a quien levantaban como se "levanta una piedra", porque "dejaba una hueya 'que iba pa ya, por la que venía pa qui' 'con la misma facilidad con que cambiaba cinco reales" y que finalmente, cuando por cuarta vez, ahora por una niña, le es cambiado el rumbo a su vida, se encuentra, inerme y desolado "como si tuviera que sostener un mundo y le hubieran cortado los brazos. Como si tuviera que acunar una luz y la luz le disolviera los brazos". Así es, también, el vendedor de

pájaros Latorre, "que andaba nublado toda la semana menos los sábados, porque este día se lo pasaba saboreando el próximo, en que iba a cazar con tramperos, redes y pega-pega, comer un asadito y tomar vino en alguna quebrada", porque "la felicidad, para él, era no ver más que pájaros y árboles, echado de panza como los lagartos", hasta que un día, después de años de amodorrarse en esta vida, "murió de gordo, de feliz, de estar solo y contento..." O, para citar un ejemplo más, aquel Evaristo Peña, que había nacido para medio y no podía llegar a real. Llegó a real, por fin, ayudado por un ingeniero agrónomo, para volver a medio, quedándose "sin raíz", cuando el ingeniero muere. Dió con otra raíz: un vasco con unos hornos de ladrillos, que lo hizo capataz. Pero perdió en el juego lo que había juntado para el casamiento y terminó ahorcándose en un "talita que no valía dos cobres".

La vida parece deslizarse alrededor de estos personajes, y he citado sólo tres entre los muchos con caracteres análogos que viven en el mundo morosaliano, tocándoles apenas la piel. El tiempo para ellos se uniforma en un ritmo despacioso de arroyo. Los sucesos en sus vidas son como si les fueran ajenos. Pero esa tenuidad conque fluye la vida en ellos no es indicio de escasa vitalidad. No es que en ellos falte el jugo vital, sino que viven con el ritmo lento de la naturaleza y sometándose sin protestas a las leyes misteriosas que la rigen. Ellos sienten hondamente esa forma de la vida y se acomodan a ese ritmo. Por eso, a pesar de estar en la vida como si estuvieran en algo que, adormeciéndolos, al mismo tiempo tiernamente los amacara, hay siempre un recóndito, secretísimo y casi inefable amor por algo, aparentemente humilde, pero lleno de misteriosas significaciones.

Esto es lo que le ocurre, por ejemplo, al viejo Andrada. El monte primero, el campo después, son los que, apresándolo, le dan un inefable sentido de la vida a estar para el cual las relaciones humanas casi no existen y que vive en un obstinado silencio. Para él "los hombres, los días y los años se iban sin tocarlo, sin rozarle el alma, que él tenía sólo para los domingos del monte". Pasan a su lado los seres, los compañeros de pieza, y hasta "un compañero muy especial", Floro Acuña, "que le dijo una vez cosas muy hondas". Pero para el viejo Andrada sólo el monte existe profundamente.

—"El domingo —decía—, v'ía a dir a visitar el monte..."

Iba a visitar el monte, como otros a visitar un pariente o un amigo.

Y en el monte se quedaba "vaciado por las horas que hacían dar vuelta la sombra de los troncos, mientras la brisa rozadora de hojas, movía las copas unánimes y los ojos se le iban poniendo pesados de mirar contra el cielo el vuelo de los bichitos. A volcar su atención en el oído, para sentir entre un tronco el sordo barrenar de un parásito". Y así, "echao abajo los árboles", "mirando p'arriba", "mirando a favor de la tierra", el monte le va entregando poco a poco sus secretos, volcándose en el alma y endulzándose.

"Por eso sabía mil cosas. Cómo alguna clase de hongos nacían de noche y morían de día. Cómo estaban algunas matas llenas de telitas..."

Unas telitas que sólo cazaban gotas de rocío.

—Ves las telas y no ves la araña... ¡Hay cada cosa!

Cómo el agujerito, sangrante de savia, de un tronco de cauce criollo sería pronto una esponja de madera con una colonia destructora dentro.

El monte se le entregaba como una mujer.

Parecía esperarlo. Correr toda vida urgente y egoísta de su interior para quedarse escuchando cómo él iba y venía despacio, juntando leña para el fueguito del puchero, planchando a lomo de cuchillo varas de junco para hacer asientos de sillas".

Pero junto a estos seres que se escudan en una inefable quietud, poniendo oído atento a un transcurrir suavísimo de la vida dentro de ellos, dejando que la muerte les venga casi como una presencia acariciadora, aparece en la obra morosaliana su contrapartida humana: el vagabundo, el hombre que quiere "ir a pasar trabajo a los caminos". Junto al sedentario, que busca sus raíces en un rincón del mundo donde vive con una existencia lenta de planta, aparece el nómada, el cruza-caminos, que poseído de un extraño desasosiego necesita ampliar horizontes, buscar otros lugares donde poner su vida, como si juntara recuerdos para un trasmundo eterno, previsto y aceptado con una cierta ironía. "Yo plata no he juntado mucha... —dice uno de sus personajes— Pero caminar he caminao... Si un día uno se va 'pa ya' siquiera vido algo...". Y esta vocación de nomadismo suele nacer de la manera más imprevista. No es el impulso de la necesidad material lo que los lleva a abandonar el pago. No es tampoco falta de apego a éste, ya que el pago perdura siempre como lo añorado, como el recóndito centro de sus propias vidas: el pago, por lo contrario, desde la lejanía, se les hace más íntimo. "Pago sin ausencia no tiene gusto... El pago es la ausencia", declara uno de estos vagabundos morosalianos. Es un irrefrenable impulso interior, que no saben de dónde les viene, el que los fuerza a cambiar la dirección de sus vidas, como si quisieran salirse fuera de sí, prolongar sus límites más allá de sí mismos, para tocar ensimismados la vastedad del mundo. Estos desasossegados vagabundos abundan en la obra de Morosoli. Recordemos uno de ellos, aquel chileno, el compañero "más especial" que tuvo el indio Barrios.

"Lo conoció en un camino, en un atardecer de junio, uno de esos atardeceres blancos y transparentes con una luna de vidrio y árboles colgados del cielo.

Barrios iba con una cinchada de leña. Como estaba cansado se había detenido un momento para reponerse. La ranchada estaba lejos aún. El chileno, luego de unas palabras dichas sin apremios ni preocupación, arrolló el maneador a la cintura, tomó la junta, inclinó la espalda y arrancó.

Barrios, tras dos o tres "deje, compañero, ya bastá", sin respuesta del chileno, se resolvió a seguirlo. Iba al lado".

Llegan al rancho de Barrios. Y allí, con la misma naturalidad conque le había ayudado a transportar la leña, se le instala el chileno. Éste, un día, cae al rancho con una mujer. Con un tabique de "romerillo" hacen en la vivienda dos "cuerpos". Y así siguen viviendo, hasta que un día el chileno se va, movido por un idéntico impulso ciego al que lo había hecho quedarse.

"Una mañana de setiembre cuando Barrios amaneció, vió venir al chileno, por camino real", "aquí caigo, aquí me levanto".

Nunca había pasado esto. Barrios sintió una gran tristeza cuando lo vió venir, así a tumbos, de borracho. Una tristeza y una pena que le llenaron los ojos de lágrimas.

El chileno se tiró a dormir.

De tarde se levantó, se lavó y le dijo a Barrios:

—Compañero, v'ía seguir...

—¿Lo que v'hacer?

—A seguir... ¿Qué v'ía hacer aquí? ¿Eh? ¿No le parece?

Y se fué nomás.

Barrios quedó dueño de todo. Rancho, mujer y cielo".

Y entre estos dos polos extremos de la fauna humana, entre el nómada, que busca clavar raíces en un trasmundo inhallable, y el sedentario, que pulsa la vida en una forma casi vegetativa, cabe todo un mundo de seres pintorescos y profundos, que van componiendo un cuadro complejo y rico de la vida del hombre actual de nuestros campos y de los seres que viven en los pueblos y pequeñas ciudades de nuestro país. Monteadores, garceros, soldados agobiados bajo el peso del uniforme, rezadores, peones de estancia que sirven para todo, siete-oficios (algunos de los cuales de tan inverosímiles y aleatorios casi no lo son), sepultureros, fabricantes de ataúdes, cazadores "montaraces", pululan en sus páginas. Allí está Pataseca, dejando morir a su mujer, de parto, mientras él construye un ataúd que le encargan de urgencia; allí, Siete Pelos, cuidador de un cementerio que arregla como si fuera un jardín y tan apegado a él que cuando lo ascenden y van a transportarlo, no acepta el ascenso; allí Artola, duro y tierno a la vez, "como un monte con un clavel del aire encima", quien, cuando se le muere el "machito" que Dios le había dado para compañero de sus cacerías, va al cementerio para colocar sobre la tumba del niño su cunita.

Todos estos personajes componen, como he dicho, un mundo complejo, abigarrado y rico en matices. Pero todos ellos se agrupan bajo un mismo signo: todos ellos parecen rodeados, en forma más o menos clara, de una delicada aureola de nostalgia. Y ensimismados en ella van construyendo sus vidas. Los sedentarios sienten la reiterada nostalgia de una misma sensación constantemente repetida; los nómadas, la nostalgia de lo lejano (y lo lejano es para ellos el pago, cuando se han separado de él). Y es que, en el fondo, todos sienten la nostalgia de un destino que saben que les está reservado. Cuando lo logran es que se adensan sus vidas y tocan su más profunda sustancia terrestre. Porque, naturalmente, tanto para ellos como para su creador, tiene esta palabra un sentido concreto y terrenal, y pueden hablar de "hacer pie en su destino", con la misma naturalidad con que dirían que alguien, saltando de una embarcación, ha hecho pie en una orilla segura y firme.

III

En el prólogo de su novela "Muchachos" escribe Morosoli que es este uno de esos libros "que deseamos escribir para asir un tiempo que se nos fué en los amigos que murieron, las costumbres que cambiaron, y que puede morir totalmente para nosotros mismos si no cumplimos con el deseo de escribirlo". Según este testimonio, y algunos otros aún más explícitos transmitidos oralmente, se podría afirmar que la actitud inicial de Morosoli ante la literatura parece ser la de un cronista. Su intención primera, en la cual radicaría al mismo tiempo la finalidad última de su labor literaria, sería la de hacerse portavoz, de voz viva, cordial y verídica, de un mundo de seres y de cosas, humildes y aparentemente transitorias y fugitivas, que lo rodean. Pequeño mundo conmovedor que en sí mismo no encuentra voz con que expresarse ni aliento para dejar constancia de su existencia. Escribir para que él no se pierda, para rescatarlo del olvido, sería pues, lo que inicialmente Morosoli se propone.

Pero Morosoli es mucho más que un mero cronista: es un artista consumado —uno de los primeros en nuestro país— en el difícilísimo arte del cuento breve. De cuentos breves está constituida la mayor parte de su producción. Incluso su obra de más aliento —su novela "Muchachos"— participa de la técnica de aquel género literario.

Ella es, casi, un conjunto de cuentos breves, cuya unidad se logra por el perfecto ajuste con que se ensamblan entre sí, componiéndose como un mosaico, las distintas situaciones episódicas anecdóticamente independientes, y por la presencia en todas ellas de un mismo personaje: Perico. Esta estructura de su novela, que ofrece algunos momentos que se cuentan entre los culminantes del minuano, ha sido señalada como una debilidad de la misma. A mi juicio, por lo contrario, constituye la mejor y más fehaciente prueba de la fidelidad de Morosoli al fondo más auténtico e insobornable de sus cualidades de escritor. Pero sea o no un novela, "Muchachos" es un libro importante, donde se dice con eficacia y hondura lo que se quiere transmitir, y donde supo Morosoli superar la narración corta, conservándola, no obstante, dialécticamente, dentro de su obra, y mostrándose otra vez como lo que es: como un maestro del cuento breve.

Esta maestría la logra a través, primero, de un estilo muy personal, de frases sintéticas, ceñidas a su objeto emocional o descriptivo y de gran eficacia expresiva, y a través, segundo, de una manera de composición totalmente morosoliana y que Francisco Espínola ha caracterizado sagazmente en el Prólogo que figura en la segunda edición de "Hombres".

Escribe Espínola: "Es particularísimo su procedimiento de composición. Y consigue con ello una síntesis extraordinaria. Rara vez sus cuentos ofrecen la sucesión normal y completa del tiempo. Morosoli hace confluír distintas horas de las vidas que pinta, sobre el momento de la narración. Ésta constituye generalmente un punto fijo, de escaso movimiento. Cuando se adelanta lo hace dejando bruscas soluciones de continuidad. Y el autor superpone y envuelve ese momento elgido con situaciones pasadas, sin orden cronológico, dispares, siempre pequeñas, capaces de haber pasado desapercibidas y que recién adquieren su verdadera significación al situarse, saltando en el tiempo, junto a las que las explican, a la vez que ellas mismas se constituyen en reveladoras también". Y después de señalar que algunos escritores "trabajan por momentos en una especie de tiempo ideal" hundiendo al "personaje en la zona de los recuerdos, donde reina un casi presente", agrega Espínola: "Lo de nuestro narrador es otra cosa. Salta de un momento a otro bruscamente. Y eso le permite abarcar, en mayor grado todavía, una gran extensión de tiempo en espacio muy corto. En el ancho tapiz del acontecer, él hará cortes secos y adosará los trozos elegidos en un orden nuevo, logrando una visión más esencial".

La forma de composición de Morosoli consiste, pues, en ordenar idealmente el acontecer de la vida de sus personajes. Es como si de cada uno de ellos nos ofreciera una sucesión de fotografías que los mostraran en diferentes momentos y situaciones de sus vidas. Pero de fotografías que, además de modificar previamente la realidad a través de la perspectiva de la toma, hubieran sido ordenadas no de acuerdo con la sucesión cronológica sino según una ley ideal que atendiera a un orden más profundo: al determinado por la conformación más honda del alma de los personajes. Este procedimiento de composición narrativa tiene importantes consecuencias: los hechos identificados por un mismo impulso vital pueden ser mostrados casi simultáneamente; la ordenación contingente del acaecer real es sustituida por una ordenación estética que depura, valoriza y da significación a la realidad tratada, la cual queda reducida a los elementos esenciales sobre los que ha fijado su atención el escritor, y, finalmente, tal como escribe Espínola en el trabajo citado, "permite llegar a dar lo más íntimo de una psicología sin el fácil y habitual procedimiento de que el autor la explique y sin necesidad, tampoco, de tomar un más extenso período de circunstancias donde el espíritu, al actuar, vaya grabando su signo".

IV

La lectura de los libros del escritor minuano constituye, pues, un doble placer: uno, el que proporciona siempre el arte de un narrador consumado; otro, el de corroborar, a través de sus páginas, que hay realmente en nuestro país, ocultos y como rezagados detrás de tantas cosas adventicias e inauténticas, y más allá de lo meramente pintoresco e indumentario, recónditos modos de sentir e intuir la vida —modos dulces y ariscos, huraños y tiernos— que son del todo nuestros. Ellos están en la vida —tan mansa generalmente y sin embargo tan profunda— de sus personajes. Muchas veces no sabemos bien en qué consiste esa peculiaridad nuestra, original y auténtica, que nos trasmite Morosoli. Pero ella está allí y se la siente intensamente. Un giro del habla viva de sus personajes, un sesgo particular de su humorismo, hasta una forma de callarse, de tocar un fondo insobornable de silencio y soledad, ante cualquiera de los grandes sucesos de su vivir diario y humilde —amor, odio, muerte, un nacimiento, el horror de un crimen— nos la hacen patente. Sentimos, entonces, que en esta pequeña orilla del mundo que es el Uruguay aún hay muchos secretos que descubrir. Es esa una tarea en la que todos, tesonera y dramáticamente, debemos esforzarnos. Morosoli es de los que con mayor veracidad lo han hecho. Debemos agradecerse.